

Casi Casey
Orlando Luis Pardo Lazo
Incubadora ediciones

A la postre, la literatura devino para él una “pasión inútil”, otra manera de tart-t-tamudear en cubano. Su apellido era Casey. Es decir, casi se apedillaba Casi. Y hoy está muerto, por supuesto, mucho más muerto que nunca. Pues lo acaban de resucitar por todos los medios imaginables desde La Habana, esa maldición del materialismo.

Fernando Palenzuela llamó a su época como “cada vez más sombría” y a su soledad como “insuperable”. Y no era para menos. Hacía apenas un año que Calvert Casey se había matado en Roma. En pleno apogeo de la primavera, como correspondía. Porque el olor de una piña ausente, también, puede detener a un pájaro en el aire. No digo yo en el exilio.

A Casey, Cuba no le curó su “sensación de apocalipsis inminente con la que (algunos días) parece que hemos aprendido a vivir”. A Casey, Cuba lo descojonó.

Murió en 1969, con su eros irredento y reprimido, reconociendo a La Habana en Roma (“como si La Habana tuviera 2,000 años de fundada”), en Génova (“una extraña ciudad, como La Habana pero tenebrosa”), en

Nápoles (“como La Habana, pero con algo malévolos y abyecto”). En todas partes menos en La Habana, en una “especie de oratorio desesperado”.

Pobre Calvert mío, perdido entre estos bosques. Y nada puedo hacer para ayudarlo. Se equivoca Cabrera Infante al decir “no pobre Calvert: pobres los que no lo conocieron”. Se equivoca y lo desconoce, habiéndolo conocido. Pobre Calvert nuestro. Pobres los que te conocieron. Y nada podemos hacer para ayudarnos.

Casey fue uno de los primeros desaparecidos cubanos en tiempo de Revolución. Él mismo intentó desaparecerse, tan civil como era. La realidad a su alrededor era estrictamente militar: esa es la clave que los realismos mágicos siempre nos han escamoteado, empezando por nuestro Cardenal Carpentier.

Tal era así que sus amigos ya casi se habían “acostumbrado a estas desapariciones constantes mías, que en los últimos tiempos se han hecho obsesivas, y que muchas veces, en un país estremecido por los cambios sociales, tienen extrañas consecuencias que algún día (?) asumirán forma literaria”.

He aquí, ahora, la forma literaria hecha isla. Anuncio de la locura, de la disolución: asumir la “forma literaria” como “el único rastro de nuestras vidas antes de perderse en el vacío”. He aquí, también, intacto y triunfal, ese vacío memorioso. Inmemorial. *Memorias de una Isla*. Nada más pronunciarlo uno siente deseos de llorar, de detenerse en el aire. Pájaros del exilio, aves rara vez migratorias. Criaturas de Cuba.

La enciclopedia fascista digital cubana, *EcuRed*, hoy lo llama un “escritor de culto por la fuerza con la que expresó en sus obras su afirmación del derecho a una vida propia, fuera de los modelos sociales estereotipados”. Mientras yo me cago descaradamente en el corazón de la madre de quien redactó su entrada a sueldo del Estado cubano, como hubiera podido asesinar con mis propias manos a quienes redactaron el mojón fascista del primer *Diccionario de la literatura cubana*, que en aquella Cuba analógica lo excluyó.

José de la Colina ha confesado que Casey se sentía en la Cuba de Castro como “un enfermo moral y político, un monstruo sexual, antisocial, antirrevolucionario, a quien había que aislar, relegarlo al exilio interior, acaso condenarlo a forzosos trabajos agrarios en los campos de ‘reeducción’”

El mejor homenaje es, pues, no desmentirlo.

Que Casey siga siendo para siempre en la Cuba de Castro no “como un”, sino un enfermo moral y político, un monstruo sexual, antisocial, antirrevolucionario, a quien haya que aislar, relegarlo al exilio interior, y acaso condenarlo a forzosos trabajos agrarios en los campos de reeducación.

Calvert Casey fue enterrado en un cementerio de las afueras no de Roma, sino de la Revolución. Le pusieron este epitafio temporal (todo porque al morir se le quedó abierto un libro de Henry James subrayado en “He was a man too fragile to live in this world”):

He was gentle

He was weak

He was destroyed

Mejor le hubieran inscrito el reporte de la policía italiana:

Yacía en la cama

En una posición

Que parecía natural

Adiós, niño gago de Baltimore. Adiós, bilingüismo sin lengua madre. Adiós, mudita maravillosa. Marquesa de magacines y obrero de barbitúricos, a quien el Hombre Nuevo en la Isla le había retirado su pasaporte cubano. No vuelvas nunca, aunque te parezca que es ya demasiado tarde para seguir por ahí. El afuera no tiene adentro. No hay nada que hayamos dejado allá atrás, en la Cuba cadalso.

Y en esto sí no se equivocó Guillermo Cabrera Infante: “todos los que conocieron a Calvert creían que lo habían conocido demasiado tarde”. Trató, eso sí, de matarse morbosamente en sincronía de siglos con el suicidio de José Martí. Pero la eficacia de la farmacopea europea le hizo una mala trastada. En consecuencia, murió coherentemente como lo que él es: un adelantado.